

de la actitud que tomaría respecto de sus estudios el antiguo fraile franciscano. Testigo de esto es un escrito de Segismundo de' Conti al Papa, en el cual se trae á la memoria de Sixto, de qué manera Nicolao V, el más glorioso Pontífice del siglo, había alcanzado tan grande gloria como Mecenas de los eruditos. Segismundo exhorta directamente á Sixto IV á no dar demasiado pequeña importancia á lo que piensen los eruditos y á lo que escriban acerca de él los famosos ingenios; y á este propósito, le recuerda la frase de Francisco Sforza: «que temía menos una puñalada que un poema satírico». Al fin del escrito ruega de nuevo al Papa el solícito humanista, honre á aquellos varones que podían librar su nombre del olvido y eternizar la memoria de sus hazañas (1).

No eran necesarias para Sixto IV exhortaciones de este género, pues comprendió perfectamente la importancia del Renacimiento, lo imprescindible de los humanistas y la imposibilidad de tomar, por causa de algunos excesos, una actitud hostil contra la vida científica, por otro lado tan fervorosamente cultivada en todas partes. Lleno él mismo del espíritu y gusto de la formación exquisita, el antiguo General de una Orden mendicante estaba desde el principio resuelto á rodear la Sede Pontificia, al mismo tiempo que su propio linaje, de todo aquello que podía darle esplendor á los ojos del mundo de entonces (2). No hacía más que algunos pocos años que Sixto IV se había sentado en la Silla de San Pedro, cuando ya podían, humanistas como Ludovico Carbone, encomiarle porque, á semejanza de Nicolao V, favorecía por todos modos y recompensaba á los literatos (3); pero esta comparación es tan exagerada como las quejas de algunos otros que se veían olvidados (4). La verdad está en el medio. Aun cuando Sixto IV no puede equipararse al fundador del mecenazgo pontificio, con él

(1) *Habeantur in pretio viri qui tuum nomen ab interitu vindicare, qui tuas res gestas immortalitati mandare possunt. Fol. 603 de un *escrito de Segismundo de' Conti, intitulado: Ad Sixtum IV, pro secretariis, el cual yo hallé en el Cod. Vat. 2934, P. II. *Biblioteca Vaticana*. Sixto IV restableció el colegio de los abreviadores, y fijó en 72 el número de ellos; v. Ciampini 33 ss.; Phillips VI, 394; Tangl 195 s. Sobre la venta de estos empleos v. Gottlob, *Cam. Apost.* 247.

(2) Papencordt 517. Sobre la necesidad absoluta que había de los humanistas cf. Schnaase VIII, 534.

(3) Zanoni en *Rendiconti dei Lincei* V, 7, 190 s. L. Carbone dedicó á Sixto IV un diálogo: *De creandis cardinalibus*. Rosmini, *Vita di Guarino III*, 148.

(4) Z. B. Jacob. *Volaterranus* 161; cf. además Steinmann 51.

amaneció para los humanistas una época muy favorable, según lo prueban hechos ciertamente atestiguados. Si bien, por la fuerza de atracción que ejercía la Ciudad eterna sobre los ingenios amantes de la Antigüedad, era ya de suyo bastante numerosa la colonia romana de eruditos, el Papa se esforzó, sin embargo, por aumentarla todavía más; y uno de los principales humanistas á quienes logró atraer á Roma, fué Juan Argyrúpulo de Constantinopla. La adquisición de este griego, que superaba en talento á todos los demás bizantinos venidos á Italia, fué una victoria sobre los Médici, á cuyo servicio había estado mucho tiempo Argyrúpulo. El recién llamado humanista alcanzó un éxito brillante, y tuvo el gusto de ver entre sus oyentes, á los varones más distinguidos, obispos y cardenales, y aun extranjeros eminentes como Juan Reuchlin (1). También Angelo Policiano frecuentó en Roma las lecciones de Argyrúpulo (2). El meritísimo literato florentino Bartolomé Fontius, obtuvo en tiempo de Sixto IV una cátedra en la Universidad romana, y Martino Filético fué nombrado en 1473 profesor de Retórica en aquel mismo establecimiento (3). Porcellio que después de la muerte de Pío II se había ido á Nápoles, alcanzó asimismo de Sixto IV una profesoría en la Universidad romana (4). Guillermo Fichet, que había introducido en París el arte de la imprenta, dedicó una de sus primeras impresiones al Papa, quien nombró á aquel erudito, prelado doméstico y penitenciario (5). Cuánto se interesara Sixto IV, aun por otros eruditos que

(1) Reuchlin frecuentó el curso de Argyrúpulo, cuando por la primera de 1482 permaneció en Roma con el conde Eberhard de Württemberg (v. Stälin III, 591 s.); v. Müntz, *Renaissance* 83; Stälin III, 592 s.; Geiger, *Reuchlin* 25.

(2) Müntz, *Renaissance* 83. Sobre Argyrúpulo cf. Tiraboschi VI, 1, 198 ss.; Burckhardt I, 359; Steinmann 52 s.; Voigt, *Wiederbelebung* F, 367 s.; Legrand, *Bibliographie hellénique*, Paris 1885, 2 vol. s. v. y Cappelli en *La Letteratura* 1890 n. 23 y en *Arch. stor. lomb.* XVIII, 168 s.; Klette, *Beitr. zur Gesch. der ital. Gelehrtenrenaissance* III, Greifswald 1890; Gherardi, *Statuto dell' Università e Studio Fiorentino*, Firenze 1881, 467, 489, 492 y *Giorn. stor. d. lett.* XXVIII, 92 s., 109 s.

(3) Filetico había, ya antes, representado allí la lengua griega; v. Marini II, 208; Schmarsow 55, 75 A. y 345; Corvisieri en el *Zeitschr. Buonarroti*, Ser. 2, IV (1869) y Pecci en *Arch. d. Soc. Rom.* XIII, 468 ss. Sobre Fontius v. Uzielli 230 y ahora Marchesi, *Bartolomeo della Fonte Catania* 1900.

(4) Sobre Porcellio v. arriba vol. III, p. 81.

(5) Debe reservarse para un trabajo especial la enumeración de otros numerosos escritos dedicados á Sixto IV. Para Fichet cf. Falk en *Katholik* 1895, II, 223 s.; *ibid* 126 s. sobre las dedicaciones de J. Ph. de Lignamine, Filelfo,

no eran italianos, lo muestra el hecho de haber llamado á Roma, en el otoño de 1475, al célebre Regiomontano (Juan Müller de Königsberg de Franconia); aunque por desgracia, ya en Julio de 1476 murió aquel gran matemático, quien, conforme á los deseos del Papa, debía ayudar para la reforma del calendario (1).

Pero Sixto IV tenía planes todavía más amplios; pues meditaba ganar para su Roma al príncipe de la Filosofía neoplatónica, al erudito cuyos escritos derramaban sobre Florencia un resplandor de gloria. Varios cardenales prestaron su apoyo al plan; pero Marsilio Ficino tenía, sin embargo, demasiadas obligaciones con los Médici, para separarse de ellos, y pagó al Papa su honroso llamamiento, con una respuesta sumamente lisonjera (2).

Los humanistas que trabajaban en la Roma de Sixto IV, formaban un círculo por extremo brillante, al frente del cual estaba Pomponio Leto, quien vivía, sin embargo, casi exclusivamente dedicado á su labor universitaria (3). A éste seguía el autor de la primera grande Historia de los Papas, Platina; entre los poetas, son dignos de mención Campano, Porcellio, Jacobo de Horetis, Francisco Quercente y Aurelio Brandolini, el cual arrebatava con

Bertachini, G. Zerbus, Juan de Trevi, Ambrosio Coriolano, Bonini Mombrozio y otros. V. también Uzielli 400.

(1) Fulgus VIII, c. 13. Aschbach, Wiener Universität I, 556. Kaltenbrunner, Kalenderreform, en las Sitzungsberichten der Wiener Akad. Histor. Kl. LXXXII, 374. Janssen-Pastor I⁷⁻¹⁸, 150 s. Tiraboschi VII, 356. Cantor, Gesch. der Mathematik II, 232 ss. El dato de que Regiomontano fué envenenado (Bechstein, Deutsches Museum I, 253), se apoya en una ficción; ya Aschbach supone que sucumbió á la fiebre que, favorecida por la estación del verano, hacía estragos en Roma y había tomado un carácter epidémico; esta suposición, que Jovio expresa como un hecho, alcanza un alto grado de probabilidad, por reinar efectivamente entonces la peste en Roma; v. nuestras indicaciones arriba p. 261 ss. Interesante es también el dato de la Koelhoffschens Chronik, que después de oír en Roma sostener una controversia á Juan Cantor, escribió á su padre un Breve especial lleno de cariño y afecto. Städtechroniken XIV, 877. Respecto de la protección que dispensó á las Universidades el Papa Róvere v. Würdtwein, Subsidia dipl. III, 182 s., 197 s., 205 s.; Gudenus, Cod. dipl. IV, 422; Bellesheim, Irland I, 511, 564; Prantl I, 68; Tüb. Theol. Quartalschr. 1865, 206; Kaufmann I, 395, 397, 409; II, xvi, xvii; Arch. d. miss. scientif. Ser. 5; V, 172. Cf. F. Ställin, Gesch. Württembergs I, 2, Gotha 1887, 671 s.; Pellini 813 y arriba p. 236 sobre Copenhague. Según Haeser I³, 746, Sixto IV dió á la Universidad de Tubinga, el derecho de formar secciones.

(2) Müntz, Renaissance 83. Cf. Revue des deux Mondes 1881 (Nov.), 163. Sobre los juriconsultos llamados á Roma por Sixto IV v. Renazzi I, 185 s.

(3) En salario importaba 200 ducados romanos, v. Burckhardt I¹, 367. Pedro Mártir fué también desde 1477 discípulo de P. Laetus; v. Mazzuchelli I, 2, 773 s. y Heidenheimer, P. M., Berlin 1881, 4.

versos aun al mismo Papa, poco sensible para la poesía, y publicó numerosos poemas en alabanza de Sixto IV (1). Cuán grande fuera el número de los demás poetas que compusieron más ó menos laudables poemas latinos, lo demuestra una colección extraordinariamente rara de tales composiciones, escritas en honor de un paje de Jerónimo Riario, por nombre Alejandro Cinuzzi muerto en edad temprana, la cual se imprimió en Roma en 1474. Los poetas que contribuyeron á ella fueron: Alexis Romanus (verosíblemente Alessio Marinello), Agustino Urbino (A. Staccolli), Bacio Florentinus (Bacio Ugolini), Bernardino Cylenius (B. Cillenio da Peschiera), Ciríaco Florentino, Emilio Buccabella, Flavio Pantá-gathus (J. B. Capránica) Juan Bautista Viterbiensis (Almadianus), Lucidus Aristophilus, Manilius Rallus, Paulo da Pescina, llamado Marsus, Píndarus Theutonicus, Publius Amerinus, Quaqualius (Cherubino di Bartoli Quarqualio), Segismundo de' Conti, Timotheo Lucensis y Tomás Astyus. Casi todos los nombrados vivían en Roma; prueba de la grande estima en que allí eran tenidos los literatos (2). De qué manera reconociera también Sixto IV los merecimientos de los eruditos difuntos, lo muestra el favor que dió á los hijos de Flavio Biondo, Gaspar y Francisco (3). Al servicio del Papa estuvo también Juan Filipo de Lignamine, editor de varios autores antiguos; un pariente del cual, el dominico Filipo de Lignamine, compuso una continuación de la Crónica de los Papas de Ricobaldo, que llegaba hasta el año 1469, y la dedicó al Papa (4).

En el terreno histórico se advierte, en general, en la Roma de

(1) Gebhardt, Adrian von Cornetó 4 y Steinmann 595 s. Cf. Renazzi I, 187 s.; Müntz, Renaissance 408-409 y sobre Brandolini también Villeneuve 14 y Schlecht, Zamometic 55. Respecto de las conexiones de D. Calderino con Sixto IV v. Giuliani 76 ss. Cf. también Fabricius-Mansi I, 297. Sobre Francisco Quercente v. Giorn. de lett. XXXV, 167 s., y Zeitschr. für romanische Philol. XXII, 360 s.

(2) Patetta en el Bullet. Senese de stor. patria VI (1899) 157-166, quien advierte muy rectamente, que no hay que dar ninguna importancia particular á las quejas de que se tuvieron descuidados los hombres doctos en tiempo de Sixto IV, porque tales quejas ocurren también en épocas de la más brillante protección á las letras, y por la mayor parte son dictadas por causas enteramente personales y no muy honrosas para sus autores.

(3) Willmann ha hallado la prueba de esto en los Registros del *Archivo secreto del Papa*, como se ve en un artículo que publicó en el Gött. Gel. Anz. 1879, 1502-1503.

(4) Fabricius-Mansi V, 279-280. Cf. Marini I, 180 s. y Meyer, Gesch. d. Botanik IV, 281.

Sixto IV, una considerable actividad. El ejemplo que había dado Pío II, en la manera de tratar la Historia, despertó á la imitación. En primer lugar hay que mencionar aquí á Segismundo de' Conti, cuyos 17 libros de Historia, que comprenden desde 1475 hasta 1510, le aseguran un puesto de honor entre los historiadores del Cinquecento. Segismundo, de quien todos los contemporáneos hablan con gran respeto, pertenece al número de los humanistas cristianos: aquellas simpáticas figuras del período del Renacimiento que, por una parte, experimentaron en sí mismos el combate del antiguo mundo clásico contra los modos de ver de la Edad Media; pero distinguiendo acertadamente los medios del fin, no se dejaron cegar por el esplendor de lo antiguo, y perseveraron con firmeza en los principios del Cristianismo. Segismundo correspondió á la protección recibida de Sixto IV y de los Róvere, describiéndolos con frecuencia de una manera demasiado favorable en su obra histórica, por lo general tan fidedigna, como animosa para decir la verdad (1).

A la sombra de la tiara de Sixto IV, que lo llamó á su lado, compuso también sus «Cosas Memorables» Jacobo Gherardi de Volterra (Volaterrano), animado por el ejemplo del cardenal Amanati, su primer protector. Matías Palmieri de Pisa era escritor pontificio, cuando escribió la continuación de la conocida Crónica de Mateo Palmieri de Florencia (2).

Las calamidades de los tiempos hicieron que, á pesar de la propensión de Sixto IV hacia los literatos, perdiera la Universidad romana parte de su esplendor. Las causas fueron las mismas que perjudicaron, sin culpa del Papa, á tantas otras de sus laudables empresas. No raras veces se embargaron las rentas de aquella Escuela superior, para sufragar los gastos de la guerra, se menoscabaron con impuestos los sueldos de los profesores, y algunos oficios relacionados con la Universidad, se vendieron, para allegar dinero, á personas indignas (3).

(1) Gottlob en el *Histor. Jarb.* VII, 304-323. Cf. también Sybels, *Histor. Zeitschr.* N. F. XXI, 359; Ciampi en *Arch. stor. ital.* Ser. 4, I, 72 s. y *Giorn. stor. d. lett. ital.* XVI, 17, n. 3. La vida de Sigismondo, por Bartol. Alpeus, que se conserva en el *Archivio comunale* de Ancona, la ha publicado Faloci Pulignani, S. de' C. II Topino 1, n. 26.

(2) Reumont III, 1, 350. Gaspary-Rossi 368.

(3) Renazzi I, 195. Papencordt 521. Christophe II, 295 s. Cf. también arriba p. 403. Tiraboschi VI, 1, 445, menciona un decreto de Sixto IV en favor de la Universidad de Perusa.

También se mostró el favor de Sixto IV hacia los literatos, en servirse de ellos para misiones diplomáticas. Georgios Hermonymos estuvo en 1476 en Inglaterra, como orador (1). Pedro Rangone fué enviado á Hungría (2), y Segismundo de' Conti á Venecia en 1482, después de haber acompañado antes á los Países Bajos al cardenal Juliano (3). Juan Filipo de Lignamine tuvo, en 1475, el honor de ir á Velletri para dar la bienvenida al rey de Nápoles, y más adelante se le confiaron misiones en Mantua y Sicilia (4). El humanista Juan Antonio Campano, en otro tiempo privado de Pío II, fué nombrado por Sixto IV gobernador de Todi, y luego de Foligno, Asís y Città di Castello (5). El erudito Fabricio Varano, autor de elegantes poemas latinos, obtuvo en 1482 el obispado de Camerino (6).

El orgullo de los humanistas tomó con harta frecuencia, por efecto de estos favores, una forma ofensiva. Teodoro Gaza parece haber arrojado al Tíber, en señal de menosprecio, por parecerle demasiado pequeña, la recompensa que le dió el Papa por su traducción de la obra de Aristóteles sobre los animales (7). Y

(1) Omont, G. Hermonyme, en las *Mém. de la Soc. d'hist. de Paris* XII, 65 s. y Geiger, *Bierteljahrsschrift f. Renaissance* II, 197.

(2) V. Finke en *Histor. Jahrb.* XVII, 36.

(3) V. arriba p. 305 s. y 342.

(4) Marini I, 193 s.

(5) Cayó más tarde en desgracia y se retiró á su sede episcopal de Tera-mo, donde murió el 15 de Julio de 1477. Cf. Lesca, *Giovannantonio Campano*, Pontedera 1892.

(6) *Giorn. d. Lett.* XXXIX, 249.

(7) Así lo cuenta Jovio, mientras que Piero Valeriano (*De infelicitate literat.* II, 159) le hace morir de despecho por eso. Hodio pone en duda toda esta historia, mientras que Bähr en *Ersch-Gruber* I, Sektion 55, p. 135, no quiere rechazarla enteramente. Cf. además Legrand I, xxxviii. Recientemente, L. Stein en el *Arch. f. Gesch. d. Phil.* II, 456 s. ha sujetado á una crítica las relaciones pertenecientes á eso. Al fin viene á sacar por conclusión, que las relaciones sobre el encuentro de Gaza con Sixto IV están abultadas en sumo grado y exornadas con mucha exageración, conforme al estilo del tiempo. «Cierto que Gaza mismo pinta algún tanto apurada su situación por este tiempo, pero no desesperada. Propiamente más se queja de su dolencia habitual que de sus apuros económicos.» Dittmeyer (*Untersuchungen über einige Handschriften und lateinische Uebersetzungen der aristotelischen Tiergeschichte*, Würzburg 1902), pone en duda, lo mismo que Hodio y Stein, la verdad de la narración de Jovio, y cree, que en ella sólo hay de verdad, que Sixto IV estaba enojado porque Gaza le dedicaba de nuevo una obra, que había dedicado ya á Nicolao V, y por esto sólo le satisfizo sus desembolsos por la restauración del manuscrito. Sobre la partida de Gaza de Roma v. *Rev. d. bibl.* III, 384.

aun cuando esta anécdota es verosíblemente legendaria, caracteriza, no obstante, el descaro y codicia de dinero de muchos humanistas, entre los cuales Georgio de Trebisonda fué tan allá, que llegó á solicitar dinero del Sultán, en dos cartas llenas de lisonjas (1). Todavía fué más codicioso de dinero Francisco Filelfo, el cual hizo de los presentes y donativos pecuniarios el principal asunto de sus poesías (2). Cuando la desvergonzada mendicidad de este hombre insaciable no hallaba oídos propicios, vengábase con las más soeces invectivas. A cada nuevo Papa acometía desde luego con sus peticiones este «rey de los poetas mendicantes»; y cuando, como Pío II, no correspondían á sus exageradas esperanzas, los abrumaba con un río de insultos. Los ataques de dicho humanista, el más repulsivo de todos ellos, contra el difunto Pío II, llegaron á tal grado de desvergüenza, que el Colegio cardenalicio ordenó la prisión de aquel hombre tan audaz como embustero, el cual andaba al mismo tiempo procurando obtener un empleo en la Curia (3). Cuando Sixto IV subió al trono, esforzóse de nuevo Filelfo por alcanzar esta su pretensión favorita. El Papa no se mostró al pronto inclinado á concedérsela; pero Filelfo pasó entonces de las adulaciones á las quejas, y finalmente á las amenazas; y si en 1474 obtuvo, con efecto, ser llamado á Roma, fué sin duda alguna el temor de su pluma la causa decisiva de esta reso-

(1) Perotti (no está claro todavía por qué Sixto IV tomó ciertas disposiciones vejatorias acerca de él; v. las suposiciones de Reumont III, 1, 350 y Vespasiano da Bisticci en Mai I, 279, quien, con todo, como Florentino, no es un testigo imparcial; cf. *Civiltà catt.* I [1868] 148. V. ahora también Gabotto, *Merula* 103) acomete por eso á Trebisonda de una manera terrible. Voigt, *Wiederbelegung* II³, 143, cita: N. Perotti, *Refutatio deliramentorum Georgii Trapezuntii*, publicada por Morelli, *Codices ms. lat. bibl. Nanianae* 51. No me he podido procurar el último libro. En cambio, se halla en el *Cod. Vat. 2934 I, f. 219 ss. una obra de Perotti, quizá idéntica á la «Refutatio», que se intitula: «Invectiva Nic. Perotti in Georg. Trapezunt. quia Turcum omnibus quicumque fuerunt imperatoribus natura praestantiorem esse voluit». Perotti reprendre cláusula por cláusula, las dos cartas de Trebisonda al Sultán, llena al autor de palabras injuriosas, y exhorta al Papa, al emperador y á todos los príncipes cristianos á castigarle: «Hancine luem, hancine pestem... sustinere amplius poteritis?... Exurgite igitur, exurgite... et hunc sceleratissimum hominem, hanc trunculentam feram, hoc immanissimum monstrum non ex urbe abigite, non ex Italia exterminate... sed caedendum flagris et usque ad ossa dilaniandum discerpendum dilacerandum tradite.»

(2) Voigt (*Wiederbelegung* I², 531) pinta con todos sus pormenores el sistema de mendicidad de Filelfo.

(3) Voigt, *Pius II*, III, 637 s.; Gaspary 116; Tiraboschi VI, 2, 326; Luzio-Renier, I Filelfo 58; *Arch. stor. ital.* Ser. 5, VII, 291 s.

lución (1). Filelfo disfrutó muy breve tiempo su plaza de profesor de Retórica en la Universidad romana, y aun no faltaron durante él desavenencias, principalmente con el tesorero pontificio Miliaduca Cicada, con quien tuvo un conflicto. Mas entonces por primera vez «le embelesaban la Ciudad, su clima, la plenitud y elegancia de la vida, y sobre todo *la increíble libertad* que allí se gozaba» (2). Varios ejemplos demuestran cuán bien recibía Sixto IV, aun las más atrevidas manifestaciones; y hasta cuando Paulo Toscanella, en 1482, predicando en San Pedro ante la Corte pontificia, se desató de la manera más vehemente contra el Papa, su familia y los cardenales, poniéndoles ante los ojos un verdadero capítulo de sus culpas, no quiso el Papa proceder contra él. Jacobo Volaterrano refiere el caso, y dice, que muchos se alegraron de oír aquel enérgico y libre discurso, y que Sixto se rió cuando le contaron sus particularidades (3). Lo único que hizo, por efecto de este incidente, fué dictar una disposición para que en adelante tuvieran que presentarse de antemano al Maestro del Sacro Palacio los discursos que se habían de pronunciar en presencia del Papa (4).

Aquella «increíble libertad» se mostró de una manera adecuada en haber el Papa vuelto á permitir la Academia romana, prohibida por Paulo II, y tomado á su servicio aun algunos de aquellos académicos, como Platina y Demetrio da Lucca, que habían es-

(1) Este temor explica también por qué quiso Sixto IV que se le tratase tan amistosamente á su llegada á Roma; cf. Müntz, *Renaissance* 89. Buser, *Lorenzo* 26, cuenta cómo Filelfo pidió de limosna á Lorenzo de' Medici un socorro en dinero para trasladarse á Roma. V. también Luzio-Renier, I Filelfo 63 s., 67 s.

(2) «Et quod maximi omnium faciendum videtur mihi, incredibilis quaedam hic libertas est.» Ep. LX, publicada por Rosmini; v. Gregorovius VII³, 531 y á Müntz en la *Rev. des deux Mondes* 1881 (Nov.), 168. Cf. Stálin sobre cuán bien recibió Sixto IV una ingenua declaración del conde Eberardo de Württemberg III, 593.

(3) Jacob. Volaterranus 173; cf. 155 y 160 sobre estos sermones, cuya crítica minuciosa hace Jacobo de Volterra. Schlecht ha hallado el sermón de Toscanella y lo ha publicado, *Zamometic* 138 * s. (Cf. vi).

(4) Este dato, hasta ahora desconocido, lo tomo del **Diarium* de Paris de Grassis, quien menciona el correspondiente decreto para el día de la Ascensión de 1517, y al lado narra el caso que pasó en tiempo de Sixto IV: *Tunc unus auditor rotae, qui vocabatur Paulus de Tuscanella non ostenso sermone suo quem habiturus erat magistro palatii in cappella, tanta mala dixit de papa et cardinalibus ut hinc statutum fuit non habendum sermonem in cappella nisi prius illam vidisset magister praedictus. *Bibl. Rossiana de Viena.*